CAPÍTULO 1

Relaciones internacionales y difusión cultural en el exterior[1]

Francisco J. Rodríguez Jiménez

"We all know that no country is far away in the age of airplanes. The necessity for increasing our understanding of others and their understanding of us, has an urgency that it has never had in the past" (Johnson, 1963:5).

INTRODUCCIÓN

Consciente del *empequeñenicimiento* del planeta, ocasionado por la revolución de los trasportes, Johnson alertaba a comienzos de los años sesenta sobre la creciente necesidad que tenían los Estados de cuidar su

[1] Este texto se ha elaborado en el marco de los proyectos de investigación "Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política" (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y "Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975" (Instituto Franklin-UAH). En las páginas siguientes analizo brevemente las claves sobre las que pivotará el libro, *Estrategias de diplomacia cultural en un mundo interpolar,* señalando algunas de las aportaciones de cada uno de los autores. Explicación somera por las limitaciones espaciales, que no llega por tanto a ser estado de la cuestión. He simplificado conscientemente algunos conceptos y debates, dado el carácter divulgativo del monográfico; pero menciono literatura específica para quienes deseen una explicación más pormenorizada.

imagen exterior. Aunque en sus palabras se barrunta, no se explicita la revolución de los medios de comunicación. La combinación de ambas produjo posteriormente un mundo mucho más interconectado ("Complex interdependence", Keohane and Nye, 1977); una *aldea global*, en la que los distintos actores del tablero internacional se han visto abocados a prestar más atención a la comunicación intercultural, las relaciones públicas o la acción cultural en el exterior.

Empero, conviene precisar que las interacciones culturales entre distintas naciones no son exclusivas del siglo pasado, tampoco del anterior, sino que arrancan mucho antes: las grandes civilizaciones ya entendieron la conveniencia de cuidar la "opinión pública" del extranjero; incluso la Biblia contiene referencias al respecto; Don Quijote fue traducido al inglés y Macbeth al castellano; mientras que Wagner entusiasmó a melómanos de toda Europa (Melissen, 2005: 3; Arndt, 2005: 15-46). Pero el conocimiento de otras sociedades era limitado y se canalizaba generalmente a través de unas pocas personas: misioneros, hombres de negocios, soldados, exploradores, escritores o investigadores del mundo académico, que actuaban como intermediadores culturales con otras latitudes (Delgado, 1994: 258).

Lo que sí comenzó a variar paulatinamente desde mediados del siglo XIX fue la velocidad y la intensidad con que se producían esos contactos culturales, al tiempo que la educación se extendía a capas sociales más amplias[2]. Pero nada que ver con la escala y magnitud de los contactos interculturales acaecidos tras la revolución de los medios de trasporte y de comunicación (Mansell, 2002). La promoción de la lengua y la cultura en el extranjero comenzó a ser percibido como una forma de "penetración pacífica", que despertaba menos suspicacias que una agresiva injerencia política o económica. "Our culture often precedes our exports. Wherever French is spoken [válido para otras lenguas] French goods are purchased" (Pendergast, 1973: 685). Descubierta esa potencialidad, los estados comenzaron a emplearse más activamente al respecto. Un campo de actuación del

[2] Las actividades educativas, los programas de intercambio de estudiantes y de tecnología, las exposiciones de arte, giras musicales o eventos deportivos han cruzado definitivamente las fronteras nacionales en el último medio siglo. Eso no significa, en absoluto, que eran inexistentes antes. La novedad estriba en su intensificación y diversificación, COOMBS, 1964; MITCHELL, 1986; HARVEY, 1991; XINTIAN, 2004; WALLERSTEIN, 2007; LEBOVIC, 2013.

que solían ocuparse órdenes religiosas, sociedades de geógrafos o antropólogos, o fundaciones filantrópicas (Arnove, 1980; Kiger, 2008). La cultura se convertía así en un elemento que no debía ser obviado en el juego de las Relaciones Internacionales, sino reconocido y cuidado como ya se hacía con la economía, la política o el poderío militar (Jahn, 2004; Depkat, 2004; Nicholson, 1998; Bretton, 1993)[3].

Otro ejemplo de este sucinto viaje explicativo se produjo a comienzos de los años setenta: Mao-Tse-Tung invitaba al equipo estadounidense de ping pong a China como gesto de buena voluntad hacia Washington. Dicha invitación sirvió para allanar el camino a la visita oficial de Richard Nixon en 1972. Encuentro histórico que permitió el deshielo de las relaciones chino-americanas, y que a la postre facilitó la apertura del gigante asiático al mundo[4]. En las cuatro décadas trascurridas, el tablero internacional ha cambiado de manera significativa: cayó el muro de Berlín y la Unión Soviética; China es hoy en día la segunda potencia económica mundial[5]; Europa sigue en punto muerto, incapaz de articular una unión política y económica más estrecha; Estados Unidos coquetea con un multilateralismo que le permite reducir el alto precio de asumir campañas militares en solitario. Pese a lo diferente de la situación actual, los distintos Estados siguen echando mano de las relaciones culturales con el propósito de favorecer la consecución de sus respectivos objetivos geopolíticos. Es más, se podría incluso afirmar que ha sido precisamente la descomposición del escenario bipolar, y la consiguiente emergencia de nuevos actores públicos y privados la que

---

[3] Aunque más antiguos, contienen reflexiones interesantes: MERLE, Marcel (Ed): *Forces et enjeux dans les relations internationales*, Paris: Economica, 1981; en especial el capítulo: "Le role du facteur culturel dans les relations internationals", pp. 339-351; e IRIYE, Akira: "Culture and Power: International Relations as Intercultural Relations," *Diplomatic History*, vol. 3, n.º 2 (1979), pp.115-128.

[4] Por aquellas mismas fechas también tuvo lugar un tour de la Orquesta sinfónica de Philadelphia por varias ciudades chinas. Fue la esposa de Mao-tse-Tung la más interesada en esta gira y quien insistió, además, que tenían que tocar para ella la *Sexta Sinfonía* de Beethoven, pieza que adoraba después de escucharla en la película *Fantasía* de Disney (TENNY, 2013).

[5] En 2010, el PIB chino fue por primera vez mayor que el japonés. De este modo, China desbancaba al país nipón de un puesto que ostentaba desde 1968. La diplomacia japonesa trató de aminorar el efecto negativo sobre su economía, enfatizando que dicho cambio podría ser un revulsivo para todo el conjunto de países asiáticos, "China overtakes Japan as world's second-largest economy" 14/02/2011 *The Guardian*.

ha propiciado una mayor importancia de las vías alternativas al *poder duro* para la solución de los conflictos.

Casualidad o no, lo cierto es que en el mismo año que se publicaba el influyente trabajo del profesor de Harvard, Joseph Nye: *Soft Power. The Means to Success in World Politics* (2004); Mark Zuckerberg fundaba *Facebook*; y dos años más tarde, Jack Dorsey creaba *Twitter* (Chung-in Moon and Plott, 2012). Desde entonces, la interconexión entre el poder de las redes sociales y el *soft power* no ha dejado de crecer. Siguiendo esa tendencia de "democratización" del acceso a la información, de multipolaridad y de interconectividad, la 'diplomacia' ha dejado de ser coto exclusivo de unos pocos embajadores de unas naciones en comunicación con sus homólogos de otras:

> "The emergence of the Internet and the rise of social media networks have fundamentally altered the nature of public diplomacy, vastly multiplying the number of voices and views at play and challenging the credibility of diplomatic narratives that states once took granted" (Cull, 2012: 8).

Así las cosas, los cuerpos diplomáticos se han visto en la necesidad de adaptarse a un contexto diferente, donde es necesario una mayor preocupación por las audiencias extranjeras. Tarea complicada, puesto que tales apreciaciones pueden crecer de manera positiva como la espuma, o desplomarse rápidamente en cuestión de días. Volatilidad relacionada con la imposibilidad de controlar todas las nuevas voces que han emergido en las Relaciones Internacionales. "The democratization of access to information has turned citizens into independent observers as well as assertive participants in international politics" (Melissen, 2005: 24).

Asumiendo un planteamiento similar, Moisés Naím ha explorado la "fragilidad" del 'poder' en la sociedad actual de la información. Fenómeno debido, entre otras razones, a la proliferación de nuevos actores internacionales –ONG's, empresas trasnacionales, o personalidades (*celebrities)* de gran impacto mediático[6]– frente al anterior monopolio del poder de los

[6] El impacto en las formas habituales de la "diplomacia tradicional" que ha tenido la *celebrity diplomacy*, con figuras destacadas como el cantante Bono, el actor George Clooney o Bill Gates, y sus respectivos proyectos filantrópicos son analizados en Workshop at USCAnnenberg School for Communication and Journalism, April 21, 2009, disponible en: http://www.learcenter.org/pdf/celebritydiplomacy.pdf (consultado el 12/11/2014) Más información en Cooper, 2008.

'Estados-nación' (Naím, 2013) Algo que ya se podía vislumbrar en los escritos de Robert Cooper:

> "Diplomacy in a traditionalist view is depicted as a game where the roles and responsibilities of actors in International Relations are clearly delineated. This picture no longer resembles the much more fuzzy world of postmodern transnational relations".

Un mundo voluble, apuntillaba, en el que la mayoría de los actores están lejos de controlar la situación, en el grado que les gustaría y por amplios períodos de tiempo (Cooper, 2003: 76).

PRECISIONES CONCEPTUALES

Existen términos en este campo de estudios conectados por cierto parentesco semántico. Una similitud que dificulta el establecimiento de una línea nítida de separación entre: acción cultural exterior/política cultural exterior, relaciones públicas/comunicación estratégica o diplomacia pública, propaganda cultural. Jan Melissen ofrece un interesante esfuerzo por delimitar los dos últimos:

> "Public diplomacy is similar to propaganda in that it tries to persuade people what to think, but it is fundamentally different from it in the sense that public diplomacy also listens to what people have to say" (2005: 18).

La transmisión de propaganda se lleva a cabo, en general, en un período corto de tiempo, con un nivel alto de intensidad. El objetivo principal es la obtención de un beneficio inmediato. No está orientada a comprender y entender al interlocutor sino a convencerle de un mensaje concreto. En las relaciones culturales internacionales, por el contrario, los agentes de un país proyectan un producto cultural o una información, pero están abiertos a recibir los de otras naciones. Sobra añadir que es más fácil hacer estas distinciones en la teoría que en la realidad.

Asimismo difieren las definiciones ofrecidas sobre el concepto de *poder blando*. La que acuñó y popularizó Nye interpreta que tal poderío radica en la habilidad que un estado tiene para avanzar en su hoja de ruta geoestratégica a través de la atracción cultural o política, en lugar de la coerción militar o la sumisión económica (2004). Este autor señala que hay tres for-

mas de ejercer el poder: "amenazas con el *palo*", "compras/sobornos con la *zanahoria*" o en tercer lugar, atracción, seducción. Y cita como bazas del *soft power* de un país: su sistema político y normas de comportamiento, su tejido económico, su educación, sus representaciones artísticas, su gastronomía, o incluso su deporte. Otra definición sugerente es la que ofrece el British Council en su página web:

> "A country's soft power is its ability to make friends and influence people not through military might, but through its most attractive assets, notably culture, education, language and values. In short, it's the things that make people love a country rather than fear it, things that are often the products of people, institutions and brands rather than governments"[7].

Por otro lado, el concepto de 'diplomacia pública' comenzó a ganar resonancia mediática y académica en los años sesenta del siglo pasado. Se atribuye a Edmund Gullion, decano de la Fletcher School of Law and Diplomacy de Tufts University, su utilización primera. Un término que pretendía marcar distancias frente a la "diplomacia tradicional/privada", asociada a negociaciones entre unos pocos. La "pública", por el contrario, ponía más énfasis en intentar conectar con la opinión pública extranjera, en las relaciones culturales; en suma, en el *poder blando*[8].

Igualmente, conviene aclarar en qué se diferencian la acción cultural y la política cultural exterior. La primera es una operación llevada a cabo por diversos actores: agencias públicas o semi-públicas, asociaciones, comunidades religiosas, sociedades geográficas, ligas, universidades o fundaciones, que tratan de poner en práctica sus respectivos programas en el extranjero. La segunda, por el contrario, tiene generalmente un enfoque más estrecho, y se refiere a planes específicos dirigidos o coordinados directamente por un gobierno, al servicio del estado que sea (Niño, 2009: 32-33). Esto sobre el papel; en la práctica, la línea que separa ambas tiende a desdibujarse, especialmente en situación de crisis o guerras; y entonces también resulta problemático distinguirlas de la mera propaganda.

Cualquier acción cultural o política cultural exterior requiere una perspectiva amplia para producir resultados. Frutos de "maduración tardía"

---

[7] http://www.britishcouncil.org/about/contribution-uk-soft-power (consultado el 15/09/2013).

[8] Un ensayo sobre el origen del término y sus precedentes en CULL, 2006; su progresiva incorporación al debate y producción académica en BRUCE, 2008.

supeditados además a que exista una cierta continuidad de acción: "a stop-go approach undermines efficacy" (Mitchell, 1986: 227). En otras palabras: de poco valdrá invertir importantes sumas en campañas de *poder blando* de un par de años, si esos empeños sufren altibajos o desaparecen al poco de iniciarse. Por lo demás, hay que enfatizar que las representaciones culturales colectivas y las mentalidades evolucionan –cuando lo hacen– muy lentamente (Chartier, 1992). En consecuencia, las interacciones culturales entre dos sociedades necesitan un período prolongado de tiempo para producirse. No extrañará por tanto las dificultades que afrontan quienes en ellas creen para trasmitir su valía. Sujetos a mandatos temporales y parafraseando a Churchill, son pocos los dirigentes políticos que piensan en las próximas generaciones en lugar de en las próximas elecciones. Por lo tanto, dicha tarea debería ser función del Estado, al margen de vaivenes y luchas partidistas.

Igualmente, es necesario puntualizar las tres dimensiones en que se divide la diplomacia pública: 1) comunicación diaria y 2) comunicación estratégica –período breve–, y 3) establecimiento de relaciones culturales de larga duración (Nye, 2004: 107-109). Asumiendo tal esquema, Nicholas Cull explica cómo tres de los cinco elementos que configuran la diplomacia pública: 1) atender/entender el sentir de las opiniones públicas extranjeras; 2) apoyo de una determinada política y 3) radiodifusión internacional entrarían dentro de la categoría del corto plazo; mientras que la diplomacia cultural; (4) y los intercambios de personas; y (5) solo tienen sentido en una perspectiva amplia de tiempo (Cull, 2008b: 31). Dicho de otro modo: no es lo mismo intentar utilizar la prensa, la radio o el cine para trasmitir un determinado mensaje propagandístico en un momento puntual, que establecer un programa de intercambio de estudiantes, destinado a consolidarse y durar décadas.

POTENCIALIDADES Y LÍMITES DEL *PODER BLANDO*

Resulta complicado definir cómo exactamente se genera simpatía y atracción entre los ciudadanos de otros países. El propio Nye admitía las limitaciones de su teoría, señalando que el *soft power* es difícil de cuantificar, de manejar y no afecta a todos (2004, 99-125). Efectivamente, los

resortes del *poder blando* no pueden ser fácilmente controlados por los gobiernos; sus resultados dependerán en buena medida de la parte receptora, las audiencias extranjeras. Además, los efectos esperados suelen tardar, no se producen de manera inmediata, como ya indicamos. Se trata pues de generar un clima de entendimiento favorable, que pueda ejercer una influencia indirecta sobre unos acontecimientos futuros. Los escépticos se plantean: ¿para qué invertir en una esfera de actuación que sólo producirá resultados en el medio plazo? Con ironía apenas disimulada, Stalin trataba de ridiculizar el poderío del Papa preguntando: ¿cuántos misiles tiene, cuántos tanques? (Nye, 2007). Ni que decir tiene que el Vaticano tenía y tiene más poder, precisamente *soft power*, del que el líder soviético quería atribuirle.

Sea como fuere, Nye reconoce que los gobiernos suelen inclinarse más por blandir su poderío militar o económico, que su *poder blando*. Pero alerta que esa inclinación puede acarrear consecuencias negativas duraderas. Las intervenciones directas de *poder duro*, aparentemente más efectivas, pueden tener unos efectos secundarios inesperados o incluso boomerang; por no hablar de los costes en términos de imagen exterior derivados, sobre todo de las guerras, con los epítomes de Vietnam e Irak (Nye, 2013). Una imagen de Guantánamo o de las torturas de Abu Graib, en las alas veloces de internet, cercena años de paciente acumulación de *soft power* de los diplomáticos de Washington[9].

Otros autores también han señalado sus reservas, acudiendo para ello a uno de los tótem del pragmatismo-realismo, Maquiavelo. Este autor italiano advertía que un príncipe debe trabajar todos los días sin descanso para ser amado por sus súbditos, pero no tiene que hacer nada para ser odiado; igualmente, que es mucho más fácil y rápido hacerse temer que querer. Sucede, empero, que ese razonamiento es válido para el corto plazo, no tanto para el medio, menos para el largo; y peor aún: difícil de implementar en un entorno democrático, tan distinto al de las repúblicas italianas (Carvajal, 2007; Skinner, 2000). Pero, ¿y si no hubiera otra salida? ¿y si los líderes, los estados, en el contexto actual, no pudieran permitirse el lujo de obviar a la ciudadanía, la propia y la extranjera? Nye explica que el poder se ejerce, bien mediante la fuerza, bien mediante la legitimidad. La vía primera no precisa de ningún consenso, ni de dar explicaciones; no así la segunda, que

[9] Entrevista del autor de estas líneas con Joseph Nye, Harvard Kennedy School, 12/12/2012.

se fundamenta en la aquiescencia de quienes la reciben. No obstante, incluso quienes llegan al poder de manera violenta, tratan, más tarde o más temprano, de construir discursos o ejecutar políticas con las que cobijarse de la falta de legitimidad inicial. Se puede amedrentar y someter brutalmente a un pueblo por un período determinado; pero si no se cultiva su respeto, su afecto, lo habitual es que se acabe perdiendo el control.

Afirmación que permite enlazar con otro término: "reactive public diplomacy", acuñado por Jan Melissen. Para este autor holandés:

> "Most successful public diplomacy initiatives were born out of necessity. They were reactive and not the product of forward-looking foreign services caring about relationships with foreign audiences as a new challenge in diplomatic practice" (Melissen, 2005: 9).

Resuena de nuevo el aforismo de Churchill sobre la habitual mirada cortoplacista de los políticos, que no acuden al *poder blando*, por iniciativa propia, con elaborados planes a largo plazo, sino más bien forzados por situaciones de riesgo o crisis. La paradoja del asunto es que muchas veces tales aprietos podrían evitarse, si se apuesta por las potencialidades de la diplomacia pública, antes de, no a posteriori. Melissen cita como ejemplos de lo anterior: la polémica de las caricaturas de Mahoma iniciada en Copenhague en 2005, pero que acabó lesionando intereses daneses en todo el mundo; la variante alemana de la diplomacia pública –politische Öffentlichkeitsarbeit– no tuvo relevancia en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Federal hasta 1949, cuando se comprendió la importancia de esos resortes para esfumar el pasado nazi y recuperar la credibilidad mundial; o que Francia no empezase hasta mediados del siglo pasado a dedicar más recursos a su *politique d' influence* (y *Grandeur),* con el propósito de aminorar el descrédito internacional de su imagen como potencia, tras su humillante derrota en la Segunda Guerra Mundial.

¿Cómo medir las potencialidades de *poder blando* de un país y su capacidad de influir en el exterior? La respuesta no es sencilla, como no lo es tal medición. Lo que sí es evidente es que las relaciones culturales internacionales son generalmente asimétricas. El impacto de Estonia, pónganos por caso, más allá de sus fronteras será reducido en comparación con el de Estados Unidos. La extensión y el brillo del *poder blando* dependerá de la potencia específica de "radiación" de cada uno. En ese sentido, la cultura americana parece contar con el don de la ubicuidad. No sólo porque el inglés se ha convertido en la lengua franca del planeta, sino por el músculo

de sus medios de comunicación y de sus multinacionales de productos culturales. Dicho desequilibrio viene generando movimientos de protesta y rechazo ante lo que algunos entienden como rodillo homogeneizador *Made in USA*, que estaría acabando con las identidades culturales autóctonas, en especial de las naciones más pequeñas.

Los gobiernos se esfuerzan por establecer cuotas o barreras contra el torrente cultural extranjero. A mediados de los años 60, por ejemplo, el presidente de Gana, Kwame Nkrumah, prohibió la entrada de *Peace Corps* estadounidenses y voluntarios para la enseñanza del inglés, porque consideraba que a través de ese idioma se estaban inoculando "microbes of imperial doctrine" entre sus habitantes (Zimmerman, 2006: 205-206). En la Francia de finales de los ochenta, se implementaron varios medidas legislativas para proteger al idioma francés frente a la *English aggression.* En 1992, una petición firmada por más de 200 personalidades del mundo intelectual y artístico galo demandaba que el Elíseo obligase por ley a utilizar el francés en cualquier conferencia celebrada en territorio nacional, y que protegiese y favoreciese la distribución del cine nacional (Judt, 2005: 761). En 2007, las autoridades chinas pusieron en marcha un plan para frenar lo que percibían como un asalto a las pantallas cinematográficas propias por parte de Hollywood. Maniobra que aparentemente contaba con el beneplácito y apoyo de la Casa Blanca para así someter culturalmente a los ciudadanos chinos[10]. Más recientemente, el *British Council* de Kabul sufría un ataque terrorista, acusado de actuar como sutil 'Caballo de Troya' occidental en territorio afgano[11].

En no pocas ocasiones dicho proteccionismo cultural ha resultado estéril. Es complejo poner puertas al campo de las trasferencias culturales internacionales, máxime cuando existen fuertes intereses económicos de por medio. Sin embargo, la historia es mucho más compleja que una invasión unidireccional de modelos occidentales sobre ciudadanos supuestamente

---

[10] "More Chinese Movie-Goers are really loving American Cinema" *Digital Trends*, 18/02/2013, http://www.digitaltrends.com/international/mpaa-chief-reveals-the-biggest-growth-market-in-us-cinema-overseas-china/; "Suspicions in U. S. That China Has Put Ban on Hollywood Films, *New York Times,* 12/12/2007. http://www.nytimes.com/2007/12/12/business/smallbusiness/12film.html?_r=1&

[11] "Attack on British Council compound in Kabul kills 12" 19/08/2011, BBC World Service, disponible en http://www.bbc.co.uk/news/world-south-asia-14585563 (consultado el 15/09/2013).

pasivos de otras geografías. De hecho y sobre todo desde mediados del siglo XX, la cultura occidental ha ido adaptándose a preferencias o contextos locales, en un proceso de continua hibridación; y a veces ha sido directamente rechazada (Golding y Harris, 1997; Pells, 1997; Markovits, 2007).

Así pues, la noción de "imperialismo cultural" ha sido repensada y actualizada, surgiendo conceptos como "cultura globalizada", de la fusión de diversas tradiciones e influencias culturales (Gienow-Hecht, 2000: 487-490). Por lo demás, la influencia cultural que un país puede ejercer sobre otro no es siempre fácil de manejar, como ya adelantábamos; al tiempo que también puede provocar un efecto boomerang (Wagnleitner, 1994: XVI). Algunas de las reacciones del islamismo radical entrarían dentro de ese esquema. Un fenómeno, repleto de contradicciones y matices, que se ha descrito como *Jihad Vs. McWorld* (Barber, 1995).

Teniendo en cuenta lo expuesto hasta aquí, enumeraremos algunos de los retos futuros:

1) Los días en que los Estados monopolizaban los distintos resortes de las Relaciones Internacionales están lejanos. La emergencia de nuevos actores (ONGs, corporaciones empresariales, organizaciones supranacionales, ciudades o incluso *celebrities*) no puede ser obviada por los gobiernos. Con una estructura formal ligera, conectados en red y prescindiendo de constricciones fronterizas, grupos de ciudadanos pueden convertirse en una voz internacional por derecho propio (Cull, 2012: 9).

2) Los modernos medios de comunicación (redes sociales, internet)[12] y la mayor movilidad de los ciudadanos ha diluido la anterior dicotomía entre audiencias nacionales e internacionales. Tratando de responder a ese nuevo escenario, el congreso estadounidense, a través de la Ley de Modernización de Smith-Mundt (2012), derogó la prohibición de difundir información y material acerca de Estados Unidos dentro del propio territorio americano. Una censura procedente de la guerra fría, cuando parte de la opinión pública estadounidense se movilizó en contra de la proyección cultural –propaganda se decía– que al final quedó limitada a su divulgación en el exterior (Dynon, 2014). Relacionado con lo anterior, en la diplomacia pública esta-

[12] Aspen Insitute: *The Rise of Netpolitik: How Internet is Changing International Politics and Diplomacy*, Report of the Eleventh Annual Roundtable on Information Technology, David Bollier (rapporteur) Washington, D.C., February 13, 2003.

dounidense de los últimos años se está produciendo un "empoderamiento" de las entidades privadas y los individuos[13]. Entendiendo que las voces de los funcionarios del gobierno no siempre son las más poderosas, ni las más creíbles, el gobierno norteamericano está ahondando en una tendencia anterior[14]: dejar bastante margen de actuación a las iniciativas privadas. Y es precisamente en ese punto donde más flojea la diplomacia pública china, como veremos más adelante (Shen, 2009: 105).

LOS DISTINTOS CASOS ESTUDIADOS

Hasta los años treinta del siglo pasado, las organizaciones religiosas, las fundaciones filantrópicas y las universidades fueron "the key players in pushing America`s cultural influence to various parts of the world." El gobierno estadounidense mantuvo una suerte de 'laissez-faire' en este ámbito, sumando circunstancialmente su concurso a la labor de esas entidades de la sociedad civil. Tal situación comenzó a cambiar al socaire de la creciente presencia europea en Latinoamérica, sobre todo alemana en los prolegómenos del segundo conflicto mundial. Desde 1936-1938, "Washington began to realize the importance of cultural diplomacy in international power politics" (Bu, 2003: 145). Durante la guerra fría, tanto Washington como Moscú prestaron aún más atención a esa faceta de sus designios hegemónicos, en la tentativa de propagar sus respectivos modelos culturales y políticos en el resto del mundo. Empero, desconocemos todavía parte de esa confrontación: hasta no hace mucho los estudiosos centraron su atención en escrudiñar las maniobras de *hard power* de cada uno de los bloques, quedando las de *soft power* generalmente en un segundo plano.

---

[13] En ese sentido, Steven Mehringer, director de la sección de *Public Diplomacy* de la OTAN señalaba: "Organizations dont tweet, people do" Declaraciones realizadas en el simposio internacional: "La Diplomacia Pública como reto de la política exterior (organizado por el Ministerio de Asuntos Exteriores español y el Real Instituto Elcano, 10/09/2014) http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_es/actividad?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/calendario/actividades/public-diplomacy-foreign-policy-challenge (seguido en directo, vía streaming).

[14] Berghahn, 1999.

Antes de la renovación historiográfica de las últimas décadas, no era extraño encontrar textos que hablaban de la diplomacia pública estadounidense como una maquinaria bien engrasada, sin fisuras, ni falta de consenso para la perpetuación del *Imperio Americano*. Los avances posteriores fueron desvelando las carencias, los matices. Autores como Jessica Gienow-Hecht, (1999) y Nicholas Cull (2008) han explicado cómo Washington sí intentó utilizar la difusión cultural en el exterior en beneficio propio –en juego estaba ganar adeptos y criticar al adversario–, pero lo hizo con una especie de "mala conciencia," porque temía que se le acusase de actuar "igual de sucio" que Moscú (Ninkovich, 1996: 5-7).

Tales contradicciones son explicadas pormenorizadamente en el capítulo de Lorenzo Delgado, para concluir que los estadounidenses encargados de la *Public Diplomacy* fueron, en realidad, propagandistas reticentes. Debieron afrontar la compleja tarea de conciliar la tradición liberal de su sistema político y sus amplios derechos individuales (de entre las bazas más preciadas de su *poder blando*), con las exigencias del día a día como superpotencia y la lógica, o sin razón, según se mire, de una política exterior fuertemente militarizada, donde los paladines del *poder duro* tenían gran capacidad de decisión. Condicionantes que han lastrado el desarrollo de una diplomacia pública verdaderamente interesada en promover la comunicación entre las partes: "U.S. public diplomacy should emphasize dialogue over one-way monologue" (Scott-Smith, 2011); o en palabras de Nye: "we should invest less on broadcasting, and invests more in face to face contacts, education and exchanges that involve civil society" (Nye, 2010: 10).

Eso del lado americano, la literatura especializada sobre el caso soviético es más reducida. La sovietología contribuyó al estudio de las características del estado soviético desde los años veinte, aunque el sesgo ideológico marcaría su impronta, máxime con la guerra fría. Algunos diplomáticos estadounidenses contribuyeron a conocer el *poder blando* soviético. Obras que conviene leer con cautela puesto que no siempre guardan el necesario distanciamiento crítico (Snyder, 1995). La contribución de Magdalena Garrido a este monográfico resulta especialmente interesante, justamente porque existen pocos estudios al respecto, y menos en español. Además, nos permitirá contrastar el modo de actuar de unos y otros. La primera diferencia surge en la fórmula conceptual utilizada, los soviéticos optaron por el término "diplomacia popular". Garrido detalla cómo los organismos de amistad con el extranjero (VOKS y SSOD) sirvieron para proyectar una

imagen de las supuestas bondades y logros de la URSS, con especial hincapié en la difusión de su modelo educativo.

A la lucha por la hegemonía ideológica y cultural contra el rival capitalista, se sumaron funcionarios e intelectuales. Si bien, esa participación no fue enteramente voluntaria, quedaban supeditados a los dictados generales del partido único, siendo utilizados como trasmisores de la cultura internacional en la URSS y escaparates de ésta en el extranjero. Un encuadramiento que tuvo más fisuras desde el primer momento en el campo contrario. Lo cual no quiere decir que la intelectualidad estadounidense pudiera actuar en total libertad, siendo el Macartismo el período en el que las restricciones fueron mayores (Marx, 1979; Horwitz, 1993). Desde Moscú se intentó azuzar el antiamericanismo larvado en amplios sectores de la ciudadanía europea (Zaslavsky, 2004). En las salas de cine también se libró la *Cultural Cold War* (Shaw and Youngblood, 2010); mientras que las bandas de rock británicas y americanas fueron, tal vez sin saberlo, artillería occidental de ese conflicto. Los burócratas comunistas trataron sin demasiado éxito de prohibir ese tipo de música, considerada "ideological anti-Soviet pollution" (Zhuk, 2010).

Según Garrido, durante la Perestroika se intensificaron las labores de las asociaciones de amistad para explicar la "nueva mentalidad", los cambios operados en la URSS, y la cultura soviética tuvo una mayor proyección exterior. Tras el desmoronamiento de la URSS y de unos años de inacción por la falta de recursos, Rusia puso en funcionamiento la Asociación Rusa de Cooperación Internacional y el *Росзарубежцентр*. Organismos encargados de continuar con las políticas de *poder blando* que se venían implementado en el período soviético. Es fácil observar la huella del pasado, en la importancia concedida a temas tales como la vocación internacionalista o el desarme. Aunque cabría preguntarse cuánto de retórica hay en ello, habida cuenta del mensaje multicultural y antiglobalización de sus instituciones culturales en el exterior, la defensa de Rusia como actor con voz propia en la relaciones internacionales, y la tendencia militarista del Kremlin en los últimos años; o volviendo al comentario de Stalin sobre la importancia del *poder blando* y el Vaticano ¿piensa también Putin que esos son aspectos superfluos, si acaso secundarios en las Relaciones Internacionales? La autora indaga asimismo las contradicciones sobre la ruptura y el continuismo del régimen soviético en la Rusia actual. Lo viejo que se resiste a desaparecer, mientras que lo nuevo no consigue consolidarse.

Varada en un dilema similar, la Unión Europea no acaba de despegar como proyecto supranacional o postnacional, según el enfoque. Las viejas naciones europeas, encastilladas en sus respectivos estados, o buscando tener uno propio –caso escocés o catalán– se resisten a ceder su soberanía. Como señala Elisa Gavari, la UE entiende las relaciones internacionales desde el paradigma neokantiano, con abundantes interdependencias, con mayor grado de cooperación, con menores enfrentamientos armados, y en el que sería posible, gracias a la globalización, la instauración de un orden mundial pacífico. Bajo ese paradigma se despliega su *soft power*, apuntando principalmente a la cooperación exterior, el comercio, la educación y la cultura.

Desafortunadamente, lo anterior no dejan de ser formulaciones teóricas con escaso grado de implementación. El sarcástico desconcierto de Kissinger cuando decía no saber a qué teléfono llamar para hablar con la UE no ha perdido toda su valía. Aunque se han dado pasos importantes, se echa en falta todavía un proyecto europeo unitario más ambicioso, capaz de superar las estrecheces de miras nacionalistas. El capítulo de Gavari analiza el *poder blando* comunitario como una de las posibles vías para hacer más Europa. La integración política europea representa el desafío más grande a la continuidad de la influencia estadounidense en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

Unos Estados Unidos que para buena parte de la ciudanía mundial son percibidos como el belicoso Martes, frente a la seductora Europa, en el papel de Venus, según la expresión de Robert Kagan (2002). Dicho de otro modo: a priori el proyecto europeo genera –tal vez generaba, dada la desafección actual por la grave crisis económica– bastante más empatía, atracción que el estadounidense. ¿Pero por qué entonces la UE no puede –no es consciente, no sabe– canalizar esas bazas de *poder blando* en beneficio propio? Mirando al plano educativo, Gavari apunta una posible respuesta: la inversión en educación por parte de la UE ha sido considerable, pero la definición de una política educativa europea ha resultado una tarea muy compleja, en la actualidad inacabada. Tampoco abundan las políticas de proyección cultural comunitaria en el exterior, al margen de las iniciativas nacionales de los estados miembros. En los últimos años se han producido algunas colaboraciones puntuales entre el British Council y el Instituto Cervantes. Pero hasta que esas iniciativas se multipliquen y cuenten con el respaldo asimismo de la Alliançe Française, la Dante Alighieri, el Goethe Instiute y demás organismos nacionales, la UE seguirá desaprovechando su caudal de *poder blando*.

El caso japonés es ciertamente singular. De sus raíces asiáticas han brotado representaciones culturales híbridas; donde la huella occidental es palpable, sin que por ello se pierda la esencia oriental: el manga, el anime o el cosplay serían ejemplos significativos. El éxito de sus compañías automovilísticas, tecnológicas o de entretenimiento, con Nintendo o *Hello Kitty* como buques insignias, es incuestionable (McGray, 2002; Kelts, 2006; Lu, 2008; McKevitt, 2010). Todos han actuado como una suerte de "embajadores de buena voluntad", contribuyendo a crear una imagen exterior amable, de sofisticación, eficacia; en suma, han generado importantes dosis de curiosidad y atracción hacia el país del sol naciente.

Pero no todo es oro lo que reluce. Japón sigue teniendo una complicada ecuación que resolver: sus vecinos no tienen tan buena opinión del otrora agresivo imperio. "While recent polls suggest that Japan retains substantial soft power globally, this is not the case in its immediate neighborhood (Nye, 2013). A diferencia de Alemania, cuyo pasado nazi ha ido progresivamente olvidándose –aunque persisten ciertas rémoras, en especial en las naciones ocupadas–, Japón no ha conseguido cerrar las heridas de la Segunda Guerra Mundial en igual medida. Que algunos líderes coreanos o chinos esgriman argumentos retóricos anti-japoneses para silenciar problemas internos desde luego no ayuda; como tampoco han contribuido a pasar página las polémicas visitas de los dirigentes nipones a los caídos del santuario de Yasukuni, considerados desde el extranjero como criminales de guerra[15].

El capítulo de la profesora Haruko Hosoda en este libro desgrana la evolución de la diplomacia pública japonesa del último medio siglo. Con un enfoque tripartito –Asia, EE.UU, Japón– se exponen las claves de dicho proceso, en el que Tokio no ha estado solo. Las interrelaciones entre iniciativas gubernamentales y privadas han sido frecuentes, como en el modelo americano. El texto combina hábilmente información procedente de fuentes primarias y estudios universitarios, con la propia experiencia de la autora como diplomática. Entre sus páginas tintinea el eco de la "reactive public diplomacy", y la afirmación de su autor, Jan Melissen, de que gran parte de las medidas exitosas de diplomacia pública surgieron de la necesidad.[16]

---

[15] http://www.project-syndicate.org/commentary/joseph-s--nye-on-the-long-term-challenges-facing-japanese-leaders

[16] Una pormenorizada y enriquecedora reflexión de Melissen sobre estos temas en https://www.youtube.com/watch?v=Bmw22cNqVhc (consultado el 13/10/2014).

Para Hosoda, el Japón de postguerra comenzó a prestar más atención al *poder blando*, en la esperanza de coadyuvar así a la transformación de la anterior imagen imperialista por la de un país pacífico y democrático. Otros autores se han mostrado más escépticos sobre la potencialidad de esas iniciativas (Otmazgin, 2008: 97), sobre todo cuando no cesa la retórica belicista con China (Cuello, 2013).

La tendencia de la diplomacia pública china de los últimos tiempos también corrobora la idea de Melissen. La sangrienta represión de las manifestaciones de Tiananmen, aireada por los medios de comunicación extranjeros, provocó una oleada de críticas contra el PCCh. Paulatinamente, los dirigentes comunistas comenzaron a estar más atentos a cómo les percibían las audiencias internacionales. Reprimir violentamente a la ciudadanía propia podía resultar "útil" a los objetivos políticos inmediatos, pero ensuciaba el rostro del gigante asiático en el mundo. Abriendo los ojos a ese condicionante, los líderes chinos echaron mano del *poder blando,* iniciando varias iniciativas destinadas a calmar los ánimos, o al menos maquillar lo sucedido.

Aunque desde entonces se viene prestando más atención al respecto, la evolución no ha estado exenta de altibajos. En realidad, es harto complicado examinar estos temas por varias razones. Primera, el ascenso de China al grado de superpotencia ha sido reciente. Novedad que es causa y efecto de la falta de tradición sinológica en las universidades occidentales. Segunda, las complicaciones para acceder a fuentes primarias de información, no sólo por la barrera idiomática, sino por la censura gubernamental. Pese a ello y gracias fundamentalmente a algunos autores chinos o de ascendencia china que publican en inglés, la historiografía disponible crece a buen ritmo, aunque todavía presenta múltiples vacíos en comparación con los demás casos examinados en este libro. Así pues, es pronto y sería atrevido fijar conclusiones definitivas.

No obstante, que Pekín viene mostrando una mayor preocupación por no descuidar el *poder blando* resulta incuestionable. La veloz implantación de los Institutos Confucio por todo el planeta, para la enseñanza de su idioma y cultura resulta especialmente significativo, como veremos posteriormente. China comparte frontera terrestre con catorce países distintos. Un entorno tan extenso y variado, geográfica y políticamente desaconseja –resultaría carísimo, amen de temerario– apostar únicamente por el *poder duro* frente a posibles litigios. Además, su vertiginoso crecimiento económico

está generando fricciones y protestas, por lo que se entiende como una suerte de neo-colonialismo, sobre todo en algunos países africanos. Conscientes de que circula abundante literatura sobre el *gigante asiático,* la *amenaza amarilla-china*, los mandatarios del PCCh tratan de explicar al mundo que su ascenso es y será pacífico, en armonía con el resto de naciones. Queda por ver cuánto de realidad y cuánto de retórica hay en tales declaraciones[17].

*****

Cada una de las contribuciones recogidas en este libro responde, de una manera u otra, a las siguientes cuestiones: 1) ¿Estuvieron las iniciativas de *poder blando* analizadas en consonancia/adecuación con el resto de la política exterior de los gobiernos que las implementaron? Los teóricos advierten que si no existe una buena coordinación/coherencia entre ambas es complicado que la diplomacia pública rinda los resultados esperados. Nye habla de *Smart power*, como fórmula ideal –ni que decir tiene que es fácil de enunciar, complicada de alcanzar– consistente en la búsqueda de un cierto equilibrio entre poder *duro* y *blando*, evitando el uso indiscriminado del primero, que debería quedar limitado a ocasiones puntuales; 2) ¿Desplegaron los gobiernos examinados sus respectivas estrategias de *Public Diplomacy*, pensando en el medio y largo plazo, o por el contrario pesó más una visión cortoplacista de los acontecimientos?; y 3) ¿En qué medida hubo participación de la sociedad civil?, ¿la voz estatal silenció a las del resto de actores implicados, o se armonizaron unas y otras?

Un interrogante trasversal a los anteriores es el de la conveniencia/eficiencia de tales estrategias. En la mente de los políticos que las supervisan, surge con frecuencia la duda, "¿cuánto cuesta?, ¿para qué nos vale?" Preguntas que no tienen respuesta sencilla, ni mucho menos inmediata. Dificultad que entorpece, a veces sobremanera, la labor de quienes abogan por ese enfoque novedoso de las Relaciones Internacionales[18].

---

[17] Rosendorf, 2010, Nye, 2013C.

[18] British Council. Annual Report 2012-2013, disponible en http://www.britishcouncil.org/sites/default/files/documents/annual-report-2012-13.pdf (datos consultados el 15/09/2013) "La Diplomacia Pública como reto de la política exterior… *doc. cit.*

BIBLIOGRAFÍA

ARNDT, Richard: *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, New York, Potomac Books, 2005.

ARNDT, Richard: "Reflexiones de un tiempo pasado: propaganda y cultura" Niño Antonio, y Montero, José Antonio (eds.): Guerra Fría y Propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 383-410.

ARNOVE, R.: Philanthropy and cultural imperialism: the foundations at home and abroad, Boston, G.K. Hall, 2008.

BARDOS, Arthur A.: "Public Diplomacy An Old Art, A New Profession," The Virginia Quarterly Review, summer 2001, pp. 424-437.

BERGHAHN, Volker: "Philanthropy and Diplomacy in the "American Century", Diplomatic History, vol. 23, 3, 1999, pp. 393-419.

BRETTON, Philip: Relations internationales contemporaines, Paris: Litec, 1993.

BRUCE, Gregory: "Public Diplomacy: Sunrise of an Academic Field", Annals of the American Academy of Political and Social Sciences, 616/1 (2008), pp. 274-290.

BU, Liping, Making the World like us: education, cultural expansion, and the American Century. New York, Praeger, 2003.

CARVAJAL, Leonardo: "Morgenthau: ¿el Maquiavelo de la política internacional? OASIS: Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales, n.º. 12, 2007, pp. 253-269.

CHARTIER, Roger: El mundo como representación: estudios sobre historia cultural, Barcelona, Gedisa, 1992.

CHUNG-IN MOON AND PLOTT, David: "Charm Offensive: Soft Power, Smart Power & Public Diplomacy in Asia letter from editors: Global Asia, vol. 7 n.º 3 Fall 2012.

COOMBS, P.: The Fourth Dimension of Foreign Policy: Educational and Cultural Affairs, New York, Lexington Books Inc, 1964.

COOPER, Andrew: Celebrity Diplomacy, Boulder: Paradigm Publish, 2008.

COOPER, Robert: The Breaking of Nations: Order and Chaos in the Twenty-first century, London, Atlantic Books, 2003.

CUELLO, Hugo: "¿Hacia una Guerra Fría entre China y Japón?", http://ecfrmadrid.es/2013/02/13/hacia-una-guerra-fria-entre-china-y-japon/

CULL, Nicholas: "Listening for the Hoof Beats: implications of the rise of Soft Power and Public Diplomacy", Global Asia, vol. 7 n.º 3 Fall 2012, pp. 8-12

CULL, Nicholas: American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989: The United States Information Agency and the Cold War. Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

CULL, Nicholas: Public Diplomacy: Taxonomies and Histories", The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, vol. 616 (2008B) pp. 31-54.

CULL, Nicholas: "Public Diplomacy' Before Gullion: The Evolution of a Phrase" 18/04/2006 (recuperado de internet en: http://uscpublicdiplomacy.org/blog/060418_public_diplomacy_before_gullion_the_evolution_of_a_phrase).

DEPKAT, Volker: "Cultural approaches to International Relations. A challange?, en Gienow-Hecht, Jessica and Schumacher Frank: Culture and international history, Oxford: Berghahn books, 2004, pp.175-197.

DYON, Nicholas: Chinese Public Diplomacy: Winning Hearts And Minds Abroad Or At Home? (recuperado de internet en: http://uscpublicdiplomacy.org/blog/chinese-public-diplomacy-winning-hearts-and-minds-abroad-or-home.

GIENOW-HECHT, Jessica: "Shame on Us? Academics, Cultural Transfer, and the Cold War-A critical review," *Diplomatic History*, Vol. 24, n.º 3 (2000), pp. 465-494.

GOLDING, P. And Harris, P.: *Beyond cultural imperialism: globalization, communication and the new international order*, London, Thousand Oaks, Sage, 1997.

HARVEY, E.: Relaciones culturales internacionales en Iberoamérica y el Mundo, Madrid, Tecnos, 1991.

HORWITZ, Richard: "The Politics of International American Studies", en el libro coordinado por ese autor *Exporting America: Essays on American Studies Abroad*. New York: Garland Pub, 1993.

HUNTER, Alan: "Soft Power: China on the Global Stage" *Chinese Journal of International Politics*, Vol. 2 (2009), pp. 378-383.

JAHN, Beate: "The power of culture in International relations", en Gienow-Hecht, Jessica and Schumacher Frank: *Culture and international history*, Oxford: Berghahn books, 2004, pp. 27-41.

JOHNSON, Walter: *American Studies Abroad: progress and difficulties in selected countries to the U.S.*, Advisory Commission on International Educational and Cultural Affairs Washington D.C., U.S Government Printing Office, 1963.

JUDT, Tony: *Postwar: A History of Europe Since 1945*. New York: Penguin Press, 2005.

KAGAN, Robert: "Power and Weakness", *Policy Review*, n.º 113/2002.

KELTS, R.: *Japanamerica: how japanese pop culture has invaded the U.S.* Nueva York: Palgrave Macmillan, 2006.

KEOHANE, Robert and Nye, Joseph: *Power and interdependence: world politics in transition*, Little, Brown, 1977.

KIGER, J.: *Philanthropists & foundation globalization*, New Brunswick, Transaction Publishers, 2008.

KRIGE, John: *American Hegemony and the Postwar Reconstruction of Science in Europe*, Cambridge, Mass.: MIT Press, 2006.

LEBOVIC, Sam: "From War Junk to Educational Exchange: The World War II Origins of the Fulbright Program and the Foundations of American Cultural Globalism, 1945–1950," *Diplomatic History*, vol. 37, n.º 2 (2013) pp. 280-312.

LU, Amy: "The many faces of internationalization in Japanese anime. *Animation: An Interdisciplinary Journal*, 3 (2/2008), pp. 169-187.

MANSELL, R: *Inside the communication revolution: evolving patterns of social and technical interaction*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

MARKOVITS, Andrei: *Uncouth Nation: Why Europe Dislikes America*, Princeton: Princeton University Press, 2007.

MARX, Leo: "Thoughts on the Origin and Character of the American Studies Movement," *American Quarterly*, n.º 31 (1979), 398-401.

MCGRAY, D.: *Japan's Gross National Cool, Foreign Policy*, mayo-junio (2002) n.º 130, pp.44-54.

MCKEVITT, A.: *You are not alone! Diplomatic History* noviembre, vol. 34, (2010) 5, pp. 893-921.

MELISSEN, Jan (ed.): *The New Public Diplomacy. Soft Power in International Relations*, New York: Palgrave, 2005.

MITCHELL, J.M: *International Cultural Relations*, London, Allen & Unwin, 1986.

NAÍM, Moises: *The End of Power: From Boardrooms to Battlefields and Churches to States, Why Being In Charge Isn't What It Used to Be*, New York: Basic Books.

NICHOLSON, Michael: *International Relations: A concise Introduction*, London: Macmillan Press, 1998.

NINKOVICH, Frank: *U.S. Information Policy and Cultural Diplomacy* , Nueva York, Foreign, Policy Association, 1996.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio: "Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional", *Ayer* n.º 75/ 2009 (3), pp. 25-61.

NYE, Joseph: Soft Power.The Means to Success in World Politics" New York: Public Affairs, 2004, New York: Public Affairs, 2004.

NYE, Joseph: "The Soft Power of the United Nations"12/11/2007, disponible en: http://www.project-syndicate.org/commentary/the-soft-power-of-the-united-nations#TBr5Udz3dTyjcMGv.99 (accessed January 14, 2013) (consultado el 14/1/2014).

NYE, Joseph: "The future of soft power in US foreign policy," in Parmar, Inderjeet, and Michael Cox, (eds.) *Soft Power and US Foreign Policy: Theoretical, Historical and Contemporary Perspectives*, New York: Routledge, 2010, pp. 4-11.

NYE, Joseph (Jr): *The future of power*, New York: Public Affairs, 2011.

NYE, Joseph: "The Benefits of Soft Power" *Compass: A Journal of Leadership*, disponible en: http://hbswk.hbs.edu/archive/4290.html (consultado el 5/11/2013).

NYE, Joseph: "The Return of Japan" 12/11/2013, *The Project Syndicate.*

http://www.project-syndicate.org/commentary/joseph-s--nye-on-the-long-term-challenges-facing-japanese-leaders (consultado el 17/3/2014).

What China and Russia Don't Get About Soft Power *Foreign Policy,* 29/04/2013).

PELLS, R.: *Not like us. How Europeans have loved, hated and transformed American Culture since World War II*, New York: Basic Books, 1997.

PENDERGAST, William: "The political uses of cultural relations," en *Il Politico. Rivista di Science Politiche*, vol 3, n.º 4 (1973), pp. 682-696.

ROSENDORF, Neal: "Indian Versus Chinese Soft Power" 13/07/2010, disponibleen:http://uscpublicdiplomacy.org/index.php/newswire/cpdblog_detail/india_today_interview_indian_versus_chinese_soft_power/ (consultado el 29 agosto de 2013).

SCOTT-SMITH, Giles: "The Heineken Factor? Using Exchanges to extend the reach of U.S. Soft Power," *American Diplomacy* (June, 2011), disponible en http://www.unc.edu/depts/diplomat/item/2011/0104/comm/scottsmith_heineken.html

SHAW, Tony and Youngblood, Denis J.: *Cinematic Cold War: The American and Soviet Struggle for Hearts and Minds*, Lawrence, University Press of Kansas, 2010.

SHEN, Guolin: "The view from China" in Seib, Philip, *Toward a New Public Diplomacy*, London, Palgrave, 2009, pp. 95-110.

SKINNER, Quentin, *Machiavelli: a very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

SNYDER, Alvin. A.: *Warriors of disinformation: American propaganda, Soviet lies, and the winning of the Cold War*: an insider's account, New York: Arcade, 1995.

TENNY, Francis: "The Philadelphia Orchestra's 1973 China Tour: A Case Study of Cultural Diplomacy During the Cultural Revolution", disponible en: http://www.unc.edu/depts/diplomat/item/2012/0712/fsl/tenny_orchestra.html [consultado el 21 de febrero de 2013].

TUCH, Hans: *Communicating with the World: US Public Diplomacy Overseas*, New York: St. Martin's Press, 1990.

WALLERSTEIN, I.: *Geopolítica y geocultura*, Barcelona, Ed. Kairós, 2007.

XINTIAN, Y. (2004): *Cultural factors in international relations*, Washington, D.C.: Council for Research in Values and Philosophy, 2004.

ZASLAVSKY, Victor: "L'antiamericanismo organizzato nell'Unione Sovietica staliniana, en Craveri, Piero e Quagliariello, Gaetano (A cura di): L'antiamericanismo in Italia e in Europa nel secondo dopoguerra, Catanzaro, Rubbettino Editore, 2004, pp. 85-106.

ZHUK, Sergei: Rock and Roll in the Rocket City: The West, Identity, and Ideology in Soviet Dniepropetrovsk, 1960-1985, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2010.

ZIMMERMAN, Jonathan: *Innocents abroad: American teachers in the American century*, Cambridge (Mass.): Harvard University Press, 2006.